

ARRIERO: EL QUE TRABAJA CON BESTIAS DE CARGA.

Paco “el arriero”, al igual que su vecino y amigo Desiderio “el lúas”, también rondaba los cincuenta años, y era otro de los pocos adinerados de Tres Valles.

Estaba casado con Carmela “la tiñosa” y tenían dos hijas: “la Paca” y “la Carmela”, pero ninguna de las dos vivía ya en Tres Valles.

A sus hijas no las veían desde hacía ya más de un año, y fue en Granada, en casa de “la Paca” donde cenaron todos en Nochebuena.

Paqui – así les decía “la Paca” que le llamaran – tenía treinta años, vivía en la capital y estaba casada con un profesor de secundaria. Ella también era maestra en un colegio céntrico de monjas.

Paqui no había regresado al pueblo desde que se casó, y sus dos hijas ni siquiera sabían dónde estaba Tres Valles.

Si los abuelos conocían a las niñas era por sus escasas visitas a Granada, visitas cada vez menos frecuentes pues sabían que a Paqui no le agradaba mucho tener a sus pueblerinos padres en su lujosa casa. Tenerles cerca era recordar su infancia, una infancia feliz, pero escasa de los bienes materiales de los que tanto presumía en esa nueva vida que llevaba lejos del pueblo.

Además, sus amistades, tan frías e inhumanas como ella misma, solían reírse del comportamiento y la forma de hablar de sus padres, y eso le sentía ridícula.

Carmela, su otra hija, vivía en la Costa Tropical, y, al igual que su esposo, era enfermera. Tenía veintiocho años y estaba recién casada. Ella sí acudía en los veranos a Tres Valles en compañía de su esposo, y pasaban allí una semana descansando del estrés de sus trabajos.

Podía decirse que Carmela era la niña de sus ojos, y, por suerte, seguía siendo la misma niña cariñosa de siempre.

Paco, que era un hombre poco dado a demostrar sus sentimientos, no podía disimular cuando la veía aparecer por el pueblo, y no dudaba en correr por la plaza hasta abrazarla y levantarla por los aires como cuando era una cría.

Ella disfrutaba también de ese momento mágico que era volver a Tres Valles... su pueblo.

Fue precisamente desde que sus hijas se marcharon del pueblo para estudiar en la capital cuando Paco, que hasta entonces había sido un hombre feliz y orgulloso, pareció perder parte de su contagiosa alegría.

Su casa también se cubrió de una extraña tristeza que, ni él ni su esposa, supieron corregir.

No fue hasta varios años después de casadas cuando Paco supo que sus hijas, sobre todo “la Paca”, se avergonzaban de ellos y no querían que sus amistades les conocieran. Esa fue, sin duda, una de las razones por las que su matrimonio fue deteriorándose poco a poco.

El ir alejándose de sus hijas fue lo que hizo que Paco fuera, a la vez, alejándose de su esposa, quien creía responsable de la actitud de estas.

Por suerte Paco estaba muy ocupado con su trabajo, y refugiarse en él le ayudó a escapar de otras enfermedades más duras aún que las físicas.

Desde pequeño - empezaría a los siete años - “el arriero” había estado trabajando con su padre, cargando los seis burros que tenía, y transportando mercancías, tanto dentro como fuera del pueblo.

Aún se emocionaba al recordar el día en que cumplió los siete años y su padre le levantó de la cama para darle la mayor alegría de su, hasta entonces, corta vida.

Frasquito, el de los mulos, que era como todos le conocían, retiró las mantas de la cama del somnoliento crío, le revolvió el cabello y le hizo despertar.

- Me ha dicho tu madre que no quieres ir más al colegio – le dijo mientras abría la ventana, dejando penetrar los primeros rayos de sol de la mañana – así que vístete que te vienes

- ¿y el colegio?

- el colegio es una pérdida de tiempo... ¿Quieres venirte a trabajar conmigo?

- ¿con la flota? – así llamaba al conjunto de burros que tenía su padre - ¡claro que sí!...

- pero tienes que saber que te levantarás todos los días a estas horas – dijo el padre señalando a la ventana para que viera que aún era casi de noche – y habrá días en los que tendrás que dormir por el camino, ¿me entiendes?

- me da igual... yo, lo que no quiero es volver al colegio – respondió emocionado

- tu madre se va a llevar un buen disgusto... ¡y de los gordos!

- gracias padre.

A partir de ese día, al igual que sucedió con “el lúas”, la vida de Paco sufrió un cambio brusco para el que no todos los niños de su edad estaban preparados. En cambio él sí lo estaba. Es más, era algo que deseaba que pasara desde hacía ya mucho tiempo.

Ya no volvería a levantarse casi a las diez para ir al colegio, ni haría los molestos deberes mientras la madre, sentada en el otro lado de la mesa, hacía buñuelos canturreando en voz baja para no molestarle. Tampoco jugaría más a fútbol en la era, donde siempre hacía de portero debido a sus cuestionables habilidades con el balón entre los pies, ni bajaría al río a buscar peces y pájaros... ni tampoco se volvería a esconder tras las rocas, hora tras hora, para espiar la casa de las Quijano y ver a esa niña con cara de ángel. El nuevo Paco, Paco “el arriero” dejaba atrás su niñez para ser un joven trabajador y sin amigos.

Las horas de sus días las pasaba en compañía de sus bestias caminando por esos caminos perdidos en busca de una carga con la que poder sobrevivir. Él, que era joven, arrastraba a su padre con la idea de llegar más lejos y hacer más y mayores portes. Cuanto más lejos llegaran más dinero ganarían, y así podrían aumentar “la flota” y transportar más mercancías.

Podía pasar varias semanas trabajando en Tres Valles, o bien podía pasar casi un mes fuera, transportando sal, frutas, o cualquier otra cosa de un pueblo a otro, que nada le importaba.

En su mente solo aparecían monedas, billetes, y más burros. Nada le importaba trabajar tanto si, como esperaba, la recompensa llegaba pronto.

Con el único niño del pueblo con el que mantenía una corta relación era con Desiderio “el lúas”, pues en más de una ocasión tenía que trabajar para él llevando sus productos hasta el pueblo o a la alhóndiga más cercana.

Ya con quince años la flota había crecido considerablemente, y también la longitud de sus trayectos, llegando hasta la capital, y también a la costa. Y Paco se fue haciendo inmensamente rico antes de su mayoría de edad.

Al igual que la mayoría de los muchachos del pueblo, Paco estaba perdidamente enamorado de Ana Quijano, la muchacha más bella de todas y cuantas había visto por la provincia... Pero el estar tanto tiempo alejado del pueblo hizo que esa muchacha no pusiera sus ojos en él ni una sola vez.

Uno de sus juegos de esa época era averiguar si en alguno de los pueblos que visitaba había una muchacha tan hermosa como ella. La respuesta siempre era la misma: NO.

Vagando por esos caminos, sin otra compañía que el rebuznar de sus bestias, se imaginaba cual Don Quijote a la búsqueda de su Dulcinea, sabedor de que no había belleza igual.

Aprovechándose de su amistad con Desiderio, y aprovechando también que estaba en la mili, intentó acercarse a Ana con la excusa de ayudarles en la obra que “el lúas” había dejado a medias, pero su madre, implacable como el mismo maestro del colegio, se lo prohibió a toda costa.

- Paco – le decía continua y amenazadoramente – esa muchacha es una perdía, igualica que su defunta mae, y solo te traerá problemas... Tú tienes que buscarte una mujer honrá, y yo me sé bien de una.

A pesar de las reprimendas maternas Paco siempre buscaba tiempo para ir a espiar la casa de Ana, aunque en muy pocas ocasiones conseguía siquiera verla de lejos.

Escondido tras una gran roca situada frente a la casa de Ana pasaba la tarde noche fantaseando con besarla y escucharle decir lo mucho que lo quería.

Poco a poco fue convenciéndose de que esa ficticia situación jamás llegaría a hacerse realidad. Escondido tras las rocas, o entre matorrales que le propiciaban más de un escozor por la noche, observaba a esa bella muchacha mientras jugueteaba con su pelo, sentada en una hamaca en su desaliñado portal.

Después de la polémica suscitada por Ana Quijano con el forastero que se acomodó en su casa, Paco, sabedor de que sería imposible cumplir su sueño, pretendió a Carmela “la tiñosa”, una muchacha que parecía enamorada de él desde muy pequeños, y a quien sus madres ya habían preparado para un matrimonio pactado entre ellos tiempo ha.

Carmela era la hija de Bernabé “el tiñoso” y se conocieron mejor – realmente se conocían desde que nacieron - cuando Paco trabajó durante varias semanas cargando ladrillos y tierra en la construcción del cortijo de su padre.

Los padres de ambos – buenos amigos desde siempre – empezaron a bromear con los dos jóvenes, provocándoles para un futuro noviazgo, y éstos no tardaron en formalizar su relación ni dos meses sorprendiendo a todo el pueblo, incluidas sus propias madres, que habían oficiado de celestinas con mucho tino...

- Pos no va a ser que este galán se quíe llevar a mi zagala – decía la madre de Carmela

- uy, calle mae, por favor, que me muero de vergüenza

- ¡mira qué vergonzosa la niña... ¿pero no te gusta ni un poquitico?

- pos claro que sí, mae ¿cómo no me va a gustar?

- ¿has visto Paquito? – decía zalamera la madre – no dejes que se te escape.

A base de comentarios como ese – día tras día – Paco decidió hacer caso a las madres y pidió salir a Carmela.

El pobre muchacho no sabía bien cómo había que hacerlo. Él había escuchado que para ser novios primero tenía que pedirle salir.

¿Y eso cómo se hacía?

Esa tarde estaba tan nervioso que casi ni podía respirar. Carmela estaba sola en el patio de su casa, y su madre se las apañó para dejarles a solas para que formalizaran de una vez su compromiso.

Paco no supo qué decirle. Ella tampoco, y los dos estuvieron en silencio un largo rato.

- Carmela...

- ¿sí, Paco?

- me gustaría pedirte salir – dijo avergonzado, sin atreverse a mirarla a la cara

- pos vale – dijo ella, jugando con las pelotas que se hacían en su jersey

- pos ahí voy. ¿Quieres que te pida salir?

- sí – dijo ella

- pos te pido

- pos sí.

Durante un buen rato los dos permanecieron en silencio, y tuvo que ser ella la que dijera algo

- te he dicho que sí

- ¿y ya estamos ennoviaos?

- creo que sí

- entonces ya te puedo dar un beso en los morros ¿no?

- oye, a ver si te crees que yo soy como la deshonrá.

Medio año después de su noviazgo se casaron en la iglesia del pueblo, invitando a todos los vecinos a la fiesta que Bernabé organizó en su finca.

Sorprendentemente para el propio Paco, esa mujer bruta, poco agraciada, pero de grandes pechos y amplias caderas, consiguió hacerle olvidar a Ana... al menos durante unos años.

Y es que Carmela era igual de bruta y desinhibida en el lecho marital como lo era hablando o haciendo cualquier otra cosa fuera de él.

Ya en la noche de bodas, cuando Paco estaba nervioso y temeroso pues se encontraba ante la meta que siempre había tenido en mente desde su pubertad, fue ella quien tomó las riendas de la situación en todo momento.

Paco, esperando en el salón a que su mujer le llamara desde la habitación, estaba tan nervioso que no se atrevía a hacer nada, ni siquiera quitarse las botas.

Estaba tenso, nervioso... y, sobre todo, estaba asustado.

Cuando Carmela le llamó y entró en la habitación se encontró con una mujer que no esperaba.

Carmela estaba desnuda, tan solo tapada con un sujetador incapaz de cubrir sus turgentes y excesivos pechos, y con unas bragas de color rosa que se apretaban a sus muslos gruesos.

Paco, aún asustado, pero a la vez excitado como nunca pensó que podría estar al lado de esa mujer que no parecía ser la misma, se fue quitando sus ropas mientras ella hacía lo mismo quedando tumbada sobre esas sábanas que olían a flores completamente desnuda.

Sin duda ese matrimonio fue desde el principio el hazmerreír del pueblo, y todo debido a la brutalidad con que ambos se expresaban cuando hablaban de sus relaciones íntimas.

Los dos eran auténticos volcanes en erupción constante, y hacían el amor a cualquier hora, y sin ningún cuidado, por lo que muchos de sus vecinos les sorprendieron en bastantes ocasiones.

Sus relaciones sexuales fueron el tema de cotilleo del pueblo pues hacían el amor en cualquier parte, sin importarles que alguien pudiera descubrirles o escucharles.

Había veces, en las silenciosas y calurosas noches de verano, que hacían el amor con las ventanas abiertas, y todo el pueblo reía escuchando los gritos del arriero y los gemidos de su esposa desde sus casas. Los había que incluso salían afuera para escucharles mejor y reír un rato.

Podía decirse que los duelos amorosos de esta pareja eran casi tan seguidos que un partido de Copa de Europa del Real Madrid en la tasca del “aguavinos”. La mayoría de los vecinos esperaban impacientes los asaltos amorosos de los arrieros para entretenerse en esas calurosas noches de Agosto.

- Carmela – los vecinos se burlaban del “lúas” al día siguiente, repitiendo, con guasa, todos los gritos que ellos creían privados – espatárrate que voy pallá

- Carmelica – le gritaban otros – agárrame del culo que me caigo de la cama

- ¡ay arrierico mío, qué pollica más linda la tuya! – las mujeres también se mofaban de Carmela, aunque a ella, al contrario que a su marido, no le molestaba.

Lejos de enfadarse, sonreía y se acercaba para contar a sus vecinas las excelencias de la virilidad de su esposo.

- No hay un choricico más curao y duro que el de mi Paco.

En cierta ocasión Pura “la lista” – tuvo que ser precisamente la lengua más larga y mordaz del pueblo – les descubrió haciendo el amor sobre el pozo de sus tierras, y por las tardes, durante casi una semana, algunos vecinos acudían a escondidas para verlos aparearse.

A veces merecía la pena esperar varias horas – Pura llegó a estar escondida entre zarzales más de cuatro horas - porque ver a esos dos enganchados era un espectáculo de humor que no tenía precio.

La aburrida vida de Tres Valles se llenó de color con ese matrimonio que ofrecía espectáculos gratuitos a los vecinos hasta que el párroco se enteró y habló con ellos para que pusieran fin a tanta obra del demonio.

Paco y Carmela tuvieron su primera hija diez meses después de su boda y la felicidad y la dicha acompañó su hogar durante muchos años.

Mientras él trabajaba con sus bestias, ella trabajaba con su padre en las tierras, y el dinero nunca faltó a su alrededor.

Dos años después nació su segunda hija, y un año después tuvieron su primer varón, aunque este murió a los pocos meses de vida. Fue a partir de entonces cuando sus espectáculos empezaron a ser echados en falta en las aburridas noches de Tres Valles.

Paco y Carmela, en compañía de sus hijas, formaban una pareja estable, casi envidiada por muchos de sus vecinos, pero todo cambió cuando las dos niñas se fueron a estudiar a la capital y la madre se marchó con ellas para que no estuvieran solas.

Durante casi un año Paco estuvo solo en el pueblo, y solo veía a su familia en vacaciones de Navidad, de Semana Santa y en verano.

A partir de su estancia en la capital sus hijas y esposa cambiaron su carácter, y los vecinos de Tres Valles, e incluso el propio Paco, observaron que esas niñas eran ya unas personas diferentes.

Cuando regresaban al pueblo en vacaciones apenas salían de casa, y si lo hacían era para no relacionarse con nadie, ni siquiera con sus antiguas compañeras de juegos, y presumir de los modelos que habían comprado en la capital.

Paco no soportaba los pájaros que tenían en la cabeza – como él les decía continuamente al escucharlas hablar de ropas caras, de cosméticos o de extraños perfumes franceses – y se arrepentía de haber hecho caso a Carmela dejándolas marchar a estudiar a la capital.

Él mandó a Granada a dos maravillosas niñas para que hicieran carrera y no se conformaran con lo poco que ofrecía Tres Valles, pero, en cambio, recibió a dos personas adultas, alejadas del mundo donde se habían criado, y, lo que es peor, arrepentidas de haberlo conocido.

Carmela, después de pasar muchos meses en Granada, dejó de trabajar en el campo y decidió montar una tienda de ropa en Tres Valles, convencida por sus hijas.

Así no obligaba a sus vecinos a comprarlas fuera, lo que perjudicaba el negocio de su marido, que era el encargado de traer la ropa de una tienda del pueblo vecino.

La tienda le ocupaba todo el tiempo del día, y su esposo empezó a echar de menos una vida que, aunque nunca fue perfecta, sí le hacía sentirse dichoso.

Por la noche, cuando Carmela volvía a casa, no tenía tiempo de atender a su marido y se pasaba las horas repasando facturas, escribiendo cartas o llamando por teléfono al almacén del que se proveía.

Paco empezó a sentirse solo y desdichado, y gracias a su amigo Desiderio, conoció un secreto, muy bien guardado, que le hizo cambiar el rumbo de su triste vida.

Próximo capítulo:

INGALATERRA”: PAÍS PERTENECIENTE A GRAN BRETAÑA